

EL EMBRUJO DE MICHOACAN

Entre los Estados de la República más pintorescos y dignos de visitarse está Michoacán, que tiene de todo: tradiciones, indios, edificios coloniales, lagos, cultivos de todas clases, obras de irrigación y plantas eléctricas. Es una entidad romántica, con ríos que cantan, como Cupatitzio, y lagos que sirven de espejo a Dios: el Sirahuén. También tiene la Tzaráracua y leyendas como las de Calzoncin y la Eréndira, y huertas modelos como la Quinta Ruiz.

Hay mucho que ver en Michoacán: Pátzcuaro, Uruapan, Tacámbaro, Paracho, Apatzingán...

Hay entidades de la República que nos atraen por su nombre, por sus gentes, sus ríos, sus montañas y por la diversidad de climas que nos ofrecen, desde el nivel del mar hasta el altiplano. Del Golfo podríamos citar a Tamaulipas y a Veracruz. Del Pacífico, podemos considerar a Jalisco y a Michoacán. Como no sería posible ocuparnos de todas a la vez, por ahora voy a tratar solamente de los encantos de la tierra tarasca. O purépecha, expresión que gusta más a los michoacanos.

Por dondequiera que penetremos en Michoacán, hemos de encontrar motivos que nos atraen o bellezas que despiertan admiración y simpatía. Alguna vez llegué por agua, en una gasolinera que me condujo de Ocotlán a La Palma. Por cierto que cuando pregunté a un muchacho, el ayudante del motorista, cómo eran las gentes de aquella región, me respondió con orgullo y dignidad:

—En Michoacán sabemos “cautivar” la tierra.

A caballo fui de La Palma hasta Sahuayo, cruzando parte de la ciénega de Chapala, que es terreno de buena calidad para todos los cultivos y tiene agua en abundancia. En Sahuayo nos agasajaron los Picazo, porque era el día de San Juan y así se llamaba uno de los jefes de esa familia. De Sahuayo a Jiquilpan la carretera es de primera; pero yo hice el viaje a pie, para ver si se me bajaba una

comida sabrosa y pesada, que me hicieron devorar en casa de los Picazo. En el estómago me brincaban uehepos y corundas, que con numerosos y ricos platillos había tenido que ingerir. En Jiquilpan conocí a las Méndez, bellas muchachas lugareñas que sabían dar conversación, tañer la vihuela y entonar las canciones en boga. Vida simpática la de Jiquilpan, que es población acogedora y agradable. Después fuimos a Zamora, donde floreció el cabezón Nájera y tuvo muchos amigos mi querido compañero el general Múgica.

Otra vez entré en Michoacán por ferrocarril. Dando vuelta en Celaya, el tren llevaba un *pullman* directo hasta Uruapan. No había necesidad de hacer escala en Morelia o en Pátzcuaro. Cerca del lago se ofrecían al viajero succulentas tortas de pescado blanco, preparadas por una famosa Güera. Al pasar junto al bello lago Sirahuén, se nos explicaba que esa palabra significa “espejo de Dios”.

*
* *

Hicimos una excursión memorable por tierras michoacanas, cuando el Presidente Ortiz Rubio, casi con todo su gabinete, se internó por entre arboledas y montañas, para descubrir la que sería después carretera a Morelia. Atravesamos por lugares en que no había ni veredas, en automóviles grandes, no aptos para caminos malos; sin embargo, el viaje fue grato y sin tropiezos. Por primera vez contemplamos el agreste e inusitado panorama de Mil Cumbres. ¡Qué bien nos trataron en Morelia, en Copánaro y Cuitzeo, así como en Quiroga, Pátzcuaro y Uruapan!

Muchas veces crucé el territorio michoacano en avión, divisando desde las nubes los lagos de Cuitzeo y de Pátzcuaro, el mineral de Angangueo y el verde paisaje entre cañadas que cubre las cercanías de Zitácuaro. Por avión fui una vez de México a Morelia y de ésta hasta la costa: Coalcomán. Entonces pude admirar la altura y la extensión que abarca el Tancítaro, cerro que merece la categoría de volcán. En otra ocasión el piloto nos llevó a dar dos vueltas al volcancito que tenía unos cuantos meses de entrar en erupción y que había adquirido renombre internacional: el Parícutin. Esta cumbre, nueva también, entró en los dominios del Dr. Atl, quien la incorporó a su pinacoteca vulcanóloga. También por tierra fuimos a visitar al Parícutin y el propio doctor nos sirvió de guía, más allá de San Juan de las Colchas o sea Parangaricutiro.

Nos place Michoacán por muchas razones. Sea la primera lo eufórico de sus nombres autóctonos. Algunas tienen raíces indígenas y otros vienen desde la Colonia. De pasada he mencionado varios. Veamos estos tres: Cotija, famosa por sus quesos y por lo andariego de sus gentes. (Cada vez que yo encontraba en Centroamérica a un cirquero o a un varillero, al preguntarle de dónde era, me respondía invariablemente: de Cotija, Michoacán); Tingüindín, nombre que no se puede dar sin pedir permiso y donde nació uno de los revolucionarios más puros e íntegros de 1910: Francisco J. Múgica; y Chavinda, voz grata al oído, famosa por sus reatas y otros artefactos de cuero de res.

Cerca de Zamora están Jacona, que vio estudiar a Nervo; Tancancícuaro, que es poblado y montaña; y Camécuaro, un pequeño lago de agua fría y clarísima, donde prosperan opulentos sabinos. (Los sabinos son los ahuehuetes que viven en la humedad). Más allá está La Piedad de Cabadas, que es un pueblecito de aspecto europeo, coquetón y limpio, con baño ruso y un club social de pollendas (¿lo dirigirá todavía la señora Guerrero?) La Piedad se asienta junto al río Lerma, que es uno de los padres de la región del Bajío.

*
* *

No conozco a Puruándiro, que parece es la tierra de Zincúnegui; ni me he detenido en Tirepitío, donde se fundó la primera universidad de México. Me atraen el valle de Zitácuaro y el balneario de San José Purúa y me duele que haya acabado con el nombre de Tajimaroa, aunque le hayan llamado Ciudad Hidalgo. Es fuerte el argumento que suprimió el nombre indígena, porque Tajimaroa quiere decir “tierra de bandidos”.

De Pátzcuaro he ido, por buena carretera pavimentada, hasta el vergel que se llama Tacámbaro, que es un espléndido balcón para contemplar la tierra caliente, sin las molestias de la alta temperatura. Desde Tacámbaro se divisan o columbran: la Alberca, Ario de Rosales, la Huacana, Necupétaro y Carácuaro, del gran Morelos, y mucho más lejos la tórrida Huetamo.

En Uruapan, donde había unas bellas señoritas López, de ojos verdes, están las floridas quintas de Hurtado y de Ruiz, ésta convertida en parque nacional, y el fabuloso río de agua azul y blanca espuma que se apellida Cupatitzio. Desde que se obtuvo que sirviera

de base para una planta hidroeléctrica, este simpático surtidor no será ya solamente “el río que canta” sino también “el río que sirve”.

Rumbo hacia Apatzingán se encuentra la progresista región de Lombardía y Nueva Italia, descubierta por un señor cuyo primer nombre era el de Dante y que ahora, gracias al impulso revolucionario, se ha convertido en un centro de progreso y civilización. El Cóbano tiene, además de un gran puente de ferrocarril, una planta eléctrica cuyos beneficios llegan hasta Guadalajara. Más allá está el puente de ferrocarril más grande de México: el “del Marqués”. Se llega a Apatzingán, que también ha progresado mucho. Adelante están Buenavista y Tepalcatepec. Me quedo con las ganas de ir hasta “el Infiernillo” y a la desembocadura del Balsas. Vendrá el día en que pueda ir.

Y antes de terminar, evoquemos a Eréndira, la princesa legendaria.

Así es, poco más o menos, la tierra michoacana. Sobre todo lo descrito habría que poner su comida, su música, sus trajes regionales y las atractivas manifestaciones de su folklore. Por algo se ha popularizado tanto esa canción que encierra una gran verdad: “¡Qué lindo es Michoacán!”